

Ensayo

DETRÁS DE LA NUEVA NORMALIDAD

BEHIND THE NEW NORMALITY

GIL, RICARDO¹

¹Academia de Mérida. Mérida, Venezuela
Correo-e de correspondencia: rigilo99@gmail.com

Recibido: 20/04/2021
Aceptado: 22/05/2021

Hay un peligro mortal. El peligro mortal no está solo en la bomba, que no es más que uranio o hidrógeno, sino también en la conjunción sinérgica de los Estados todopoderosos, de las técnicas de manipulación, de avasallamiento y de destrucción, de los mitos delirantes. El peligro está en la confluencia de las fuerzas de avasallamiento políticas, tecnológicas, biológicas, informacionales, y en el desencadenamiento de los procesos demográficos, económicos, ecológicos.

Edgar Morin

¿Hacia dónde va el mundo? (2011a, p. 63)

RESUMEN

A propósito de la noción de la denominada “nueva normalidad”, derivada de la situación pandémica del COVID-19, se elucidan desde el género ensayístico diversas variables que permitan su comprensión a la luz del pensamiento complejo, a los fines de atisbar los inminentes riesgos que todo esto pudiese representar para el Ser, su mundo y su marcha hacia el futuro. La pérdida de la libertad personal y social, así como la digitalización de todos los procesos humanos, nos conducen sin rémora hacia la cosificación del Ser, que hace de nosotros seres escindidos y meros engranajes, obviándose así nuestra condición compleja, que se mece entre la abstracción y la realidad. Hemos hecho de la tecnociencia un fin, cuando emergió como un medio para la conquista de nuevas cimas en nuestro camino hacia la hominización.

Palabras clave: nueva normalidad; COVID-19; escisión del ser; complejidad de lo humano; cosificación del ser; tecnociencia.

Cómo citar este artículo:

Gil, R. (2021). Detrás de la nueva normalidad. *GICOS*, 6(e2), 104-116



La Revista Gicos se distribuye bajo la Licencia Creative Commons Atribución No Comercial Compartir Igual 3.0 Venezuela, por lo que el envío y la publicación de artículos a la revista es completamente gratuito. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/ve/>

ABSTRACT

Regarding the notion of the so-called ‘new normality’, derived from the pandemic situation of COVID-19, various variables are elucidated from the essay genre that allow its understanding in the light of complex thinking, in order to glimpse the imminent risks that all this could represent for the Being, his world and his march towards the future. The loss of personal and social freedom, as well as the digitalization of all human processes, lead us without hindrance towards the objectification of Being, which makes us split beings and mere gears, obviating in that way our complex condition, which oscillates between the abstraction and reality. We have made technoscience an end, when it emerged as a means to conquer new heights on our way to hominization.

Keywords: new normality; COVID-19; split of being; complexity of the human; objectification of being; technoscience.

INTRODUCCIÓN

Con la irrupción de la pandemia del nuevo coronavirus muchos gobiernos se aprovechan para conculcar los derechos de los ciudadanos, hasta el punto de plantearse sin pudor alguno el oxímoron de la “nueva normalidad”. Un oxímoron es por definición académica una figura literaria retórica, que echa mano de dos conceptos opuestos en una misma frase, y que busca generar un tercero de manera tácita. No es gratuito, por lo tanto, su utilización en las actuales circunstancias, ya que esconde una intencionalidad al plantearse que la normalidad a la que tenemos que acostumbrarnos a partir de ahora, no es la que conocíamos (apenas meses atrás), sino la que fuerzas ajenas a nuestro interés personal y colectivo nos imponen como realidad.

Lo ideal sería que el planteamiento trajera consigo la certeza de la transitoriedad, de la excepcionalidad, luego de lo cual retornemos a la vida de siempre, pero no, eso no es lo que les interesa. El paréntesis obligado en nuestras vidas por las denominadas medidas de bioseguridad, les ha caído a los totalitaristas como anillo al dedo, de perlas, diríamos, porque sin respuesta ciudadana (no la necesaria, por lo menos) nos mantienen confinados, sumisos, presas en nuestros propios hogares, mientras caemos como borregos en sus terribles fauces. Nuestras libertades, que nos hacen más humanos, son vulneradas de la manera más atrabiliaria, al privárenos de nuestros derechos con la manida excusa de que es por nuestro bien.

Partamos del supuesto de que los confinamientos son temporales, mientras el letal virus circule entre nosotros (ya que se supone que con las vacunas y con los fármacos que se hallen el virus pronto será derrotado), pero entonces no cuadra lo que se nos anuncia con el oxímoron citado (que hoy es *vox populi* en casi todo el planeta), porque como jugada adelantada se nos está advirtiendo de manera no tan velada que, suceda lo que suceda, nada volverá a ser igual. Es decir, nuestro futuro inmediato no dependerá ya de las cepas mortales, ni de la transmisión o del contagio (porque en algún momento eso será resuelto), sino de decisiones de orden político-ideológico, lo cual es peor que la pandemia en sí misma.

Como se puede observar, la frase retórica es intencional, meditada y elaborada en laboratorios del lenguaje (arma poderosa, no me canso de expresarlo, mediante el cual nos manipulan), que nos preparan para un nuevo orden mundial, en el que entes supra y sus poderosos hilos sutiles (otro oxímoron, por cierto) se arrojarán decidir por nosotros, coartándonos la vida en aspectos fundamentales como el libre tránsito (el paso de un país

a otro o la circulación dentro de un mismo país), las reuniones (sociales, religiosas, políticas, académicas y familiares), así como las manifestaciones en reclamo precisamente de la conculcación de las libertades.

En el fondo se busca escindir el Ser, acallararlo, embozalarlo, debilitarlo en sus afectos y fortalezas interiores (principios y valores), acercarlo a la máquina o cosificarlo (el uso ineludible de la tecnología digital para poder interactuar de manera sincrónica o asincrónica), destruir sus referentes fácticos (familia, sociedad, país, mundo), debilitar los lazos generacionales e intergeneracionales, desatar el miedo y la inseguridad como armas de control social. Sin más, vivir de las apariencias y de las sombras, como en el mito de la caverna de Platón, lo que nos llevará muy pronto a creer que lo que se nos muestra desde la burda manipulación es el mundo real.

Sin duda, la denominada “nueva normalidad” es el anuncio de la batalla que tenemos por delante, y que daremos con todas nuestras fuerzas e inteligencia, si no queremos que el mundo que les aguarde a nuestros hijos y nietos sea el mero resultado del tinglado de fuerzas oscuras que pugnan por el control global, que harán de ellos meros peones de un siniestro ajedrez. Nuestra tarea como padres, profesores y comunicadores es desvelar la trampa, exponerla en sus más finos intersticios, dejarla al desnudo, hasta despertar las conciencias en el ahora. La conculcación de las libertades personales desde la excusa perfecta (la pandemia), y pretender que la excepcionalidad sea lo permanente (a pesar de la lucha que se da para derrotar al virus, y que ganaremos), es sencillamente una aberración anti histórica.

Desde los tiempos del *Tercer Reich* la humanidad no había sido testigo de un proyecto hegemónico global de tal magnitud como el enunciado, que se ha puesto en marcha a paso vertiginoso desde antes de la irrupción del nuevo coronavirus (tal vez sea éste una consecuencia de todo aquello y no una causa como algunos piensan). Se sabe que tras bambalinas hay ideólogos que gozan de gran poder mediático y económico, que mueven a su antojo los hilos de la historia: ponen y quitan gobiernos, promueven medios y redes, manipulan aquí y allá, generan matrices de opinión y se frotan las manos con ostentosa lujuria.

Los próximos meses serán cruciales para el mundo. Toquemos madera para que la luz venza la portentosa oscuridad que nos rodea, y que una vez superada la pandemia la humanidad pueda regresar a una normalidad a secas; sin subterfugios, sin metáforas ni retóricas.

En las siguientes páginas, y desde el ensayo libre, se aborda la cuestión en sus distintas variables, a los fines de una comprensión cabal de la problemática, de tal manera que podamos acercarnos al futuro con la certeza absoluta de estar haciéndolo desde la conciencia y de la razón, y no desde los nuevos “dogmas” y totalitarismos que se nos quieren implantar como camisas de fuerza, con la perfecta excusa del sobrevenido bien colectivo.

La escisión del Ser

De seres del “ahora” pasamos a constituirnos en seres asincrónicos, postergados, fuera del momento en el que transcurre la vida. De seres reales y fácticos dimos el salto a lo virtual e interactuamos con la nada; es decir, con las fantasmagorías propias de lo digital. Sin embargo, “No hay otra manera de alcanzar la eternidad que,

ahondando en el instante, ni otra forma de llegar a la universalidad que a través de la propia circunstancia: el hoy y aquí.” (Sabato, 2000, p. 17). La ciudad real, la *Polis*, en la que es posible el cotejo entre iguales, en la que se cuece la dinámica social, para hacer de nosotros seres sociales, cede su supremacía a pasos agigantados a lo inexistente, a lo intangible e inasible, y hemos tenido que aceptar sin reticencias el tener que hundirnos en los intersticios propios del ciberespacio, que busca con ansias sustituir la vida al crear mundos paralelos. No obstante, ya lo señalaba Aristóteles “el hombre es un “animal político” por ese carácter que le impulsa a ser de pareja, de familia y de la comunidad local. Existe en su naturaleza un sello gregario que le impulsa a encontrarse con los demás” (González, 2014, p. 17). Hombres y mujeres necesitamos, requerimos, buscamos y luchamos por interaccionar en tiempo real con nuestros pares, y sentirnos vivos. Para el mundo griego la *Polis* estaba constituida por la ciudad y su territorio, y ambos son en definitiva el espacio para el intercambio y la cultura, para el despliegue de la vida en toda su completitud, que busca la integración de esfuerzos entre cada uno de sus habitantes para alcanzar el equilibrio que permita el concepto de lo social. La ciudad es por definición la concreción de lo humano con todos sus matices, buenos y malos, y en donde anidan el hombre y la mujer en la búsqueda de su hominización, de su hechura de seres ganados para la supervivencia y la trascendencia, para el “ahora” como realidad y para la inmanencia como cualidad de lo que resulta inseparable a todos. Para la lingüista española Moliner (2007, p. 675) a la ciudad antigua como la griega y la romana, no aplica el nombre de población, y sí solo el de ciudad; por ende, es ella el *locus* que contiene al Ser en su esencia civilizatoria, en sus virtudes y en sus defectos, en sus valores y también en sus agudas miserias. Es la ciudad la gran abstracción de lo urbano, en donde convergen principios y valores que nos hacen sentir que formamos parte de un gran conglomerado, de una inmensa familia. Empero, es la ciudad también objeto de oscuras pasiones; en ella se trama todo aquello que atenta contra la vida y su “absurda” aspiración de eternidad, en donde se tuerce el destino de todos para recordarnos con empeño la finitud del deseo de ser más de lo que nos ha sido dado ser. Y todo esto, a pesar de la tragedia que conlleva, es también humano.

La revolución tecnológica ha cerrado sin duda muchas brechas, sobre todo la comunicacional, al conjuntar personas equidistantes que puedan interaccionar en cuestión de segundos facilitando así la vida de todos. Sin embargo, ha abierto a su vez nuevos e insospechados abismos, que con el tiempo se han ido acentuando hasta cosificarnos, hasta hacer de nosotros piezas de un engranaje. La crisis pandémica los ha puesto en evidencia, hasta el punto de llegar a temerse por la pérdida de la libertad, así como también por el quiebre de nuestra unidad de origen (identidad) para transformarnos en seres escindidos entre distintas realidades: la real que ha quedado supeditada a cuarentenas, mascarillas y penalizaciones, y la virtual, que se ha erigido en tabla de salvación en medio de la debacle de la “normalidad”. Los hiatos de las crisis sociales (políticas, económicas, sanitarias, éticas, etcétera) suelen ser atemporales, sin techo ni fondo, y siempre habrá posibilidades de pérdida o de redención. Empero, es en estos puntos cruciales en donde entra en juego (o debería entrar) el arte de la política. La verdadera política echa mano de las herramientas de la disuasión, del convencimiento, del acuerdo, del ganar-ganar, para alcanzar los objetivos. La verdadera política sabe que imponer a la contraparte una única “verdad” es tan necio, como el pretender ir a la guerra sin exponer la propia vida. En gerencia hablamos con frecuencia de que perdiendo ganamos también. La verdadera política pone las cartas sobre la mesa y busca mecerse en el vacío de la racionalidad y de lo irracional, para converger en puntos de interés

común y así salir bien librados de los atolladeros históricos. La verdadera política depone las amenazas, las armas y las agresiones, y en sus lugares enarbola la palabra como vaso comunicante entre seres que se han bajado de las ramas.

Si bien la modernidad nació para dejar atrás las imposiciones dogmáticas, es decir, ajenas a la razón, nuestros tiempos postmodernos saben también de atavismos, de imposiciones y de cegueras.

La nueva modernidad del siglo XXI [*llamada por muchos como posmodernidad*] es mucho más agresiva que la expansión colonizadora de la primera modernidad. Si la primera se impuso a sangre y fuego bajo el estandarte de la ciencia y de la razón, ésta se expande mediante el clamoroso éxito de la sociedad de consumo y de las nuevas tecnologías sin dejar de lado la posibilidad de apelar cuando sea necesario a las armas. (Moliner (2007, p. 47).

La normalidad quedó trastocada cuando la comunicación directa persona-persona se hizo imposible por el riesgo de contagio. Las denominadas medidas de bioseguridad emitidas por los organismos supra (Organización Mundial de la Salud - OMS, Organización Panamericana de la Salud - OPS, entre otros), que muchas veces han sido equívocas y ambiguas, han establecido requerimientos fundamentales para el intercambio y el movimiento social. No obstante, el quiebre de la normalidad no ha sido tan solo por la imposibilidad de la comunicación directa, o por el cese de los comercios, de los viajes locales e internacionales y por la prohibición de las reuniones sociales, sino cuando los entes del poder establecido (en buena parte de los países del orbe) han aprovechado la terrible coyuntura histórica para imponerse de manera autárquica sobre los ciudadanos, conculcando así sus derechos, cuestión que se ha visto agravada en muchos países en los que imperan regímenes autoritarios-totalitarios, que han visto en la pandemia la gran solución a sus innumerables problemas de gobernabilidad. Más grave aún, cuando se anuncia a una humanidad atónita y desconcertada que ese nuevo “estatus” en el orden social y mundial, al que han denominado con el engañoso oxímoron de “nueva normalidad”, será el que prevalezca aún después del cese de la pandemia.

La escisión del Ser, visto así el panorama, no es cuestión sencilla, ni que debamos tomarla a la ligera, ya que se pretende imponer la virtualidad por sobre lo real como un modo de vida; ni más ni menos: la mera abstracción por la realidad. Se le da preeminencia así a lo maquinal por encima de la condición humana, lo que se traduce en profundos desequilibrios espirituales, emocionales, personales, familiares y sociales. Las consecuencias no se harán esperar, es más, vemos en nuestros días preocupantes atisbos de ellas: aumento de la tasa de suicidios (que no ha respetado condición etaria ni socioeconómica, lo han expresado diversos organismos), desempleo, sustitución de la mano de obra, individualismo a ultranza, pérdida de la noción de comunidad y de ciudad (desaparición paulatina y acelerada de la ciudad, la *Polis* en su concepto griego, y como lugar de encuentro de los ciudadanos), implosión del núcleo familiar al extralimitarse sus funciones y sus objetivos, pérdida de la noción de la escolaridad en sus distintos niveles, disolución de los lazos de amistad y de camaradería, cambios profundos en el concepto de lo organizacional-empresarial (pérdida de la denominada cultura organizacional), baja autoestima, debilitamiento de la necesaria sinergia, y el resquebrajamiento de los sentimientos de empatía, apoyo y solidaridad, entre muchos otros aspectos. En palabras de Edgar Morin (2011b): “*La gigantesca crisis planetaria es la crisis de la humanidad que no logra acceder a la humanidad.*” (Las cursivas son del original:

p. 29)

Nuestro mundo

Detrás de las máquinas están las manos humanas, pero de ser apéndices creados para facilitar el trabajo, han pasado a convertirse en el centro de nuestras vidas. De hecho, nuestro mundo está inserto en un orden tecnológico. El cientificismo propio de nuestros días (que tiene sus raíces desde el nacimiento de la denominada Razón Ilustrada), nos cosifica, nos “mecaniza” hasta el punto de hacer de nosotros seres que solo respondemos a los dictámenes de lo genético (animales, a secas), abstrayéndonos de todo aquello que ha hecho de lo humano ambivalencias tan admirables como la pasión y la razón, la creación y la deconstrucción, la verdad y la mentira, el erotismo y la animalidad, lo telúrico y lo espiritual, lo abstracto y lo real, entre muchos otros portentos. La ciencia deberá ocupar en nuestras vidas un lugar desde donde sus “designios” no caigan en contradicción con todo aquello que nos hominiza. Es más, deberá contribuir con tal aspiración civilizatoria. Los productos de la ciencia, de la mano con la tecnología (tecnociencia), deberán estar al servicio del ser humano, y no convertirlo en su esclavo. La tecnociencia tendrá que seguir siendo un medio, por sí misma, y no un fin como muchos pretenden hoy con inusitado éxito mediático y fáctico.

De no percatarnos de esta exigencia, que se hace clave en nuestros días, entraremos en un “lugar” sin retorno, en el que pasaremos de ser el centro de toda actividad (desarrollo antropocéntrico: medio natural y planeta), a meros engranajes de procesos robotizados, que piensan por nosotros; que de alguna manera nos sustituyen. Desafortunadamente, la pandemia del nuevo coronavirus ha sido el punto de inflexión que ha posibilitado el gran salto definitivo de lo presencial a lo maquinal, de lo real a lo virtual, como queda dicho, y se nos amenaza con hacerse permanente y una forma “normal” de vida.

No obstante, aunque nos suene extraño a los hombres y a las mujeres de la posmodernidad, el denominado humanismo de los tiempos renacentistas centró su interés en el conocimiento del hombre, pero no sólo en lo espiritual y en las artes, sino también en la ciencia. Es decir, es de interés para el humanismo del hombre del siglo XIV y XV todo aquello que lo haga más humano. No son menos “humanas”, pues, la física, las matemáticas y las ciencias naturales, que el conocimiento de la filosofía, de los idiomas o de las letras. Fue a finales del siglo XIX cuando se bifurcan ambas categorías (las ciencias y las humanidades), por meros artificios de especialización y del método cartesiano, y no por negación o anulación entre ellas. Al respecto, Savater (1997), nos dice:

La separación entre cultura científica y cultura literaria es un fenómeno que no se inicia hasta finales del siglo pasado [*se refiere al XIX*] para luego consolidarse en el nuestro, por razones de abarcabilidad de saberes cada vez más técnicos y complejos que desafían las capacidades de cualquier individuo imponiendo la especialización, la cual no es sino una forma de renuncia. Después se hace de necesidad virtud y los letrados claman contra la cuadrícula inhumana de la ciencia, mientras los científicos se burlan de la ineficacia palabrera de sus adversarios. Lo cierto es que esta hemiplejía cultural es una novedad contemporánea, no una constante necesaria, y que encontraría pocos padrinos –si acaso alguno– entre las figuras más ilustres de nuestra tradición intelectual. (pp.115-116).

En todo caso, la ambivalencia creada entre ambas nociones, no es intrínseca a sus “naturalezas”, sino a la imperiosa necesidad metódica de quienes pretenden desarrollarlas y enseñarlas.

En este mismo sentido, y por fortuna, el referido autor también nos dice que no hay nada más humano que la técnica, ya que busca con empeñoso celo modificar las condiciones en las cuales nos movemos y vivimos. En otras palabras: busca hacer más humana la vida de todos. Empero, si analizamos con frialdad los embates de la tecnociencia a lo largo de los últimos siglos, y específicamente en el momento presente, ha centrado su interés en elevar los niveles de vida, pero ha fracasado en esa otra variable epistémica que es la calidad de vida. Si bien, ambas se nos venden en una misma noción, no hay correlatividad entre ellas. Edgar Morin nos advierte en su obra *Para una política de la civilización* que: “En el seno de la civilización occidental, la elevación del nivel de vida es gangrenada por el descenso de la calidad de vida.” (2009, p. 29) El propio Morin en estas mismas páginas nos aclara luego su afirmación al acotar, que, independientemente de que en el siglo anterior todo aquello resultase providencial, el desarrollo “plantea en adelante dos amenazas a las sociedades y a los seres humanos: una, exterior, viene de la degradación ecológica de los medios de vida; la otra, interior, viene de la degradación de la calidad de vida.” (*Ibid.*, pp. 30-31)

Sin embargo, no podemos soslayar la importancia que para la humanidad ha tenido el desarrollo de los saberes en sus distintas disciplinas. Pese al deterioro medioambiental (o precisamente por él) hoy ostentamos una noción de “progreso” que ha impactado más allá de las fronteras de lo fáctico, para internarse en territorios insospechados. El ser humano, haciendo uso de la razón científica, ha profundizado en la comprensión de fenómenos de diversa naturaleza, y ha alcanzado cimas extraordinarias en la conquista de portentos técnicos y científicos que le han cambiado la fisonomía al Ser, y a su hábitat. En el campo de las mal llamadas ciencias duras y ciencias del espíritu, los logros que hoy se exhiben posiblemente fueron las utopías del hombre decimonónico, que se las planteó como sueños inalcanzables, y hoy forman parte de lo cotidiano. Los viajes espaciales, las telecomunicaciones, la nanotecnología, la cibernética, la robótica, entre otros milagros, forman parte de un apetitoso menú para el gusto más exigente. El texto y el libro digital, la enseñanza y el aula virtual, el audiolibro, los traductores instantáneos y las redes sociales, han hecho de las humanidades, las letras y las ciencias sociales, *terra ignota*. Ya nada es igual, ni siquiera los alimentos que llevamos a la mesa, ni los niños que mecemos en la cuna, ni las obras que disfrutamos en un museo, ni el aire que respiramos, ni el agua que bebemos, porque en todo están los portentosos tentáculos de la tecnociencia, para cambiar el rostro a lo que siempre llamamos con orgullo “nuestro mundo”.

¿Qué es entonces nuestro mundo? Yo diría, que el espacio que se nos abre entre dos grandes signos de interrogación. Es decir, la incertidumbre y el desvarío.

La pandemia del nuevo coronavirus se ha convertido en cuestión de meses, en el caldo propicio para los más inauditos anuncios, para las más extravagantes hipótesis, para los más osados sueños hegemónicos. Muchos de los mal llamados líderes mundiales, deliran de solo pensar en la inmensa concentración de poder que traerá consigo la ambigüedad manifiesta de la expresión “nueva normalidad”, que nos prepara, de manera inconsciente, para el gran viraje de nuestras vidas, para el Gran Reseteo o Gran Reinicio como se le ha llamado

también desde el *Foro de Davos* (celebrado en Suiza en mayo de 2020), a partir del cual ya nada será como antes, independientemente de que se supere la crisis sanitaria, o a pesar de ella. Según esta lógica, lo de menos es la defensa de la salud,preciado bien y derecho consagrado por todas las legislaciones, sino una suerte de inacción que busca el cese de la dinámica planetaria, es decir, el confinamiento definitivo en nuestros hogares con la subsecuente pérdida de la libertad personal y colectiva, así como los cambios en la economía y en las relaciones internacionales. La reducción, la concentración y el atrincheramiento en un espacio que se erige así en hogar, escuela, empresa, club, y paremos de contar, nos acota, nos cercena en ese gregarismo que llevamos impreso en nuestros genes y que nos hace humanos. Nuestra única posibilidad de contacto con el mundo real pasaría a ser casi en exclusiva la tecnología. Ergo, nuestro mundo.

De portentoso medio para alcanzar los objetivos personales y sociales, la tecnología se erigiría así en el cerebro de una nueva sociedad cosificada, maquina, apersonal e inhumana. De *Homo sapiens* daríamos el salto a *Homo technologicus*. Sin más: de la sabiduría a la mera tecnología, del Ser a la máquina. En otras palabras: la tecnología pasaría de ser un medio, a convertirse en un fin. ¡Muera la inteligencia, viva la máquina! Podría constituir el gran lema de los años por venir. Si bien entraríamos frente a un problema de carácter filosófico, ya que es el ser humano quien hace la máquina, se establecería, no obstante, una especie de bucle recursivo, en el que el ser humano produce la máquina que es a su vez productora de aquel, y así hasta el infinito. Pareciera ciencia ficción, pero estamos a las puertas de esta trágica realidad.

La denominada “nueva normalidad” trae consigo aparejado también un elemento que merece un poco de atención. Según el Diccionario de la Real Academia Española – DRAE (2001), la acepción del vocablo normalidad implica: “Cualidad o condición de normal.” (p. 1589). Sin embargo, el hecho de volverse a la normalidad, o a la normalización, es *per se*, una tentación racionalista, que trae consigo, además, según el pensamiento complejo: “eliminar y combatir lo extraño, lo irreductible y el misterio.” (Morin et al., 2003, p. 33) Sin irse muy lejos, se estaría frente a una tentativa (plausible por demás) de meter en cintura, desde el poder hegemónico del estado o de entes supra, lo que hasta ahora ha sido nuestra vida (lo extraño e irreductible), para ser reducida a un “algo *technologicus*”, que está fuera de nuestra propia naturaleza, y que ese “algo” se convierta en una interfaz entre nosotros y la realidad.

Según la mentalidad de los ideólogos de la “nueva normalidad” (algunos de los cuales no vemos, ocultos como están en las sombras), el mundo que nuestras generaciones conocieron hasta hace apenas año y medio, no era lo que pretendía ser, y hay que cambiarlo. Lamentablemente, se echa mano de lo ecológico, entre otros aspectos, como un alegato incuestionable (recomposición de la capa de ozono, recuperación de los espacios verdes, limpieza del aire, de los mares, etcétera) para camuflar los verdaderos deseos (dominio-poder), lo que representa sin duda alguna una estrategia articulada desde grandes centros, y posiblemente financiada por poderosas corporaciones, que estaban desde hacía muchos años tras la caza de una oportunidad global que les permitiera su puesta en marcha. Y el momento al parecer ha llegado.

La complejidad de lo humano

Visto el panorama, se otea así todo un tinglado de circunstancias que buscan con afán dar un salto hacia un nuevo orden anclado en lo tecnológico, en el que el centro de nuestra atención sea irrumpir desde nuestro espacio más íntimo y personal hacia un mundo signado por lo digital e inasible, que busca suplir en todas sus aristas y circunstancias las necesidades de la gente. Urge el despertar, el ir tras la conquista de una hominización que afiance los valores de lo humano, y que no cedamos conquistas alcanzadas durante siglos de experiencia histórica, que han hecho de nosotros seres ganados a las más altas cimas de realización personal y colectiva. Sabemos que el virus se quedará entre nosotros y, que, como muchos otros, irrumpirá en determinados momentos sin que ello implique una amenaza para el bien común. En el ínterin, se perfeccionarán las vacunas, saldrán al mercado nuevos fármacos que neutralicen sus signos y síntomas, y esa “convivencia” se hará entre nosotros amalgama y cultura.

No obstante, la noción de la “nueva normalidad” contradice en su aspecto más íntimo la complejidad de lo humano, que responde a la confluencia de múltiples variables que se entrecruzan, se interrelacionan, se tejen en una suerte de gran tapiz para hacer de nosotros seres diversos, pluridimensionales, que buscamos con celo, no solo la comprensión de nuestro mundo de relaciones, sino también su inserción en él, y sin más restricciones que las derivadas de nuestros propios deseos, anhelos y decisiones. “Y sin embargo, la unidad planetaria está desgarrada, es convulsiva. Las solidaridades son conflictivas y los conflictos se vuelven mutuamente solidarios.” (Morin, 2002, p. 156). No comprender esta realidad en las relaciones humanas, nos conducirá inexorablemente a caer en la trampa, a ser presas de fuerzas ocultas, que pugnan por retrotraernos a etapas superadas en el devenir histórico, o al establecimiento de una nueva noción o era que responda a sus intereses y no a los de la comunidad planetaria.

El poder por el poder, que no tiene más explicación que la insaciabilidad de quienes tienen en sus manos los hilos de muchos procesos (políticos-ideológicos, religiosos, económicos, educativos, sanitarios y tecnológicos, entre muchos otros), hace que se nos quiera ver como a seres simples, que respondemos maquinalmente a los instintos, que no nos empinamos por sobre nuestra realidad para alcanzar las metas, cuando la experiencia nos dice todo lo contrario: que nuestro trajinar por la tierra ha sido exponencial y sinérgico, lo que ha implicado la interretroacción, el impactar el presente corrigiendo los errores del pasado, montándonos sobre los hombros de los gigantes del ayer para así empujar la página del libro de la vida hacia nuevos e insospechados derroteros. En ese empujar, en esas solidaridades, se han presentado numerosos conflictos, cruentas guerras y quiebres totales, lo que en buena medida ha implicado rémoras, estancamientos y dolor, a los que se han aunado enfermedades, pandemias, accidentes y cataclismos, para hacer de nuestro recorrido por la historia un algo que va más allá de nuestros simples deseos, para instalarse en la incertidumbre.

El resquebrajamiento de la unidad planetaria ha sido siempre una constante, con escasas excepciones de períodos de absoluto progreso, aunque no de absoluta felicidad. El Renacimiento, por ejemplo, fue una gran etapa, signada por profundos cambios epocales, por asombrosos descubrimientos productos del talento de los hombres, sin embargo, muy a su pesar, tuvo su lado oscuro, su envés y sus falencias. La cultura y las ciencias descollaron, emergieron muchas figuras claves para la humanidad, se alcanzaron gigantescos avances, pero tales solidaridades, encuentros e interretroacciones trajeron consigo sus convulsiones y sus desgarres. No fue

fácil para una humanidad adormecida, aletargada y dogmática el quiebre del orden establecido, el romper con el pasado, el tener que recoger con humildad los pasos perdidos. El Renacimiento trajo consigo una nueva era, la Edad Moderna, y todo lo que ha significado en la vida de las gentes de los siglos posteriores (ergo, nosotros), hasta el punto de tener que reconocerse, sin más, gústenos o no, aceptémoslo o no, que somos sus hijos: así nos disfracemos de postmodernistas, de nuevos modernos, o como queramos llamarnos.

En este punto del análisis surge una interrogante: ¿Es la pandemia del COVID-19 el gran punto de inflexión, como lo fue en su momento el descubrimiento de América para la Edad Media, que traerá consigo el quiebre de la denominada posmodernidad para entrar de lleno en la era tecnológica o digital, u otra de nuevo cuño? En realidad, no lo sabemos, pero primero tendríamos que ponernos de acuerdo con los conceptos, ya que hay quienes piensan que seguimos en la modernidad, otros consideran que somos posmodernos, y muchos otros se sienten en un auténtico limbo.

Ciertamente, la pandemia ha sido un punto de quiebre, eso es innegable. Ahora bien, eso no significa que la consecuencia necesaria de ese quiebre tenga que ver con la pérdida de nuestra libertad, de nuestra condición de seres complejos que nos mecemos entre la abstracción y la realidad. Un nuevo orden tendría que implicar cambios profundos hacia adelante, corrigiéndose los entuertos del pasado. Nosotros, herederos del Renacimiento y de la Razón Ilustrada, no podemos menos que aspirar a un orden que nos lleve a cimas aún más altas (jamás a pervertidos ni perniciosos retrocesos). Ese nuevo renacimiento por vivir, de la mano de la tecnociencia, tendrá que impactar la vida de todos hasta el punto de llevarnos a la comprensión de ignotas realidades, de nuevos macrouniversos y microuniversos, de la mente y sus oscuros intersticios, y de su poder para hacer de nosotros seres capaces de autodirigir (con elevada ética) nuestros propios procesos de evolución, y que no perdamos el norte.

Contrariamente a lo que anhelan los poderes fácticos globales (gobiernos de países líderes, grandes corporaciones dueñas de capitales, grupos religiosos y políticos, *influencers*, redes, medios tradicionales, foros, príncipes y reyes), el ideal de una nueva era sería alcanzar un profundo sentido de lo humano, tan comprometido con sus propias solidaridades, que no hagan falta los gobiernos ni las fronteras; que los conflictos no se hagan solidarios. Como ideario no está mal, pero estamos todavía muy lejos de alcanzarlo, atezados como estamos por atavismos, intereses tribales, ideologías, nacionalismos, dogmas, tradiciones, creencias, apegos y un largo etcétera. El peligro que corremos con la noción de la “nueva normalidad”, no es precisamente el de quedarnos mirando al pasado (al que denostamos muchas veces, negando su necesaria impronta), sino de mirar al futuro con los lentes inadecuados, de tal forma que no podamos salir del bucle recursivo del presente, que se realimenta de crisis y más crisis. “Esto significa, entre otras cosas, que un idealismo empeñado en reducir el ser al conocimiento que de él se tiene debería asegurar previamente, de alguna manera, el ser del conocimiento.” (Sartre, 1993, p. 20)

REFLEXIONES FINALES

“Las palabras siempre importan”, nos lo recuerda Llosa (2019, p. 194), y cuando se nos habla de “nueva

normalidad” debemos darles el peso que éstas tienen. El oxímoron que encierran, como se dijo al comienzo, denota un antagonismo, sin embargo, la estructura de la frase nos dice que no fue lanzada al voleo, por salirle al paso a la situación pandémica, como supusimos en un comienzo, sino que tiene una connotación que va más allá de lo lingüístico, para internarse en los sutiles territorios de lo filosófico y, de manera específica, en lo ontológico. Creímos ilusamente que la frase venía a socorrernos en momentos en los cuales la humanidad lucía desconcertada y sin rumbo, ante los cambios suscitados que nos obligaron a reorientar nuestras vidas desde lo más profundo de nuestra cotidianidad. De seres sociales por definición, pasamos a ser exiliados en nuestros propios dominios, es decir, en nuestros hogares, reinventándose así el núcleo familiar y estableciéndose además una dialógica que trajo consigo fuertes lazos entre los miembros del núcleo, pero también graves desavenencias y rupturas (sin contar con las crisis existenciales que han desembocado en enfermedades mentales y muerte por suicidio, entre muchos otros males).

Cuando se nos habló por primera vez de una “nueva normalidad”, pensamos de inmediato en su transitoriedad, y supusimos que dicha noción estaba referida a la vida en medio de la dura pandemia, que nos empuja a reinventarnos, al cese abrupto de la actividad externa, a volcarnos hacia una interioridad que nos llevaría al final de la crisis (o antes de su cese) a un reencontrarnos con nosotros mismos y con los seres amados. Sin embargo, con el paso de los meses los “ideólogos” desde sus burbujas de cristal comenzaron a darle a la expresión un inusitado giro, al referirse, sin más, que dicha noción será el nuevo futuro que le aguarde a una humanidad pospandemia, lo cual enciende las alarmas al concretarse por la vía de los hechos unas restricciones que, ya no solo obedecen a una necesidad de orden sanitario, sino al deseo compulsivo de los poderes fácticos (y de los ocultos y “etéreos”) a asumir un mayor control social y un claro cercenamiento de las libertades personales y sociales, con miras a una hegemonía global en todos los órdenes.

En este sentido, entendemos que como humanos estamos sometidos a leyes universales, lo cual sugiere, de entrada, que siempre habrá cambios y superación de estadios de desarrollo y cosmovisiones. Lo único permanente es el cambio, se nos dice, lo cual es una máxima que nos llega desde antiguo, y es tan real como tendenciosa. Para Heráclito (siglo VI a. C.) el Cosmos es cambiante, fluye como el río. Si el Cosmos cambia y fluye, nosotros también como parte del mismo. Vida y muerte son para este interesante filósofo dos realidades indisociables, conjuntas, que hacen de nuestro paso por la Tierra un devenir. Para Heráclito el origen del Cosmos no es creacionista, sino eterno: siempre ha existido en un permanente fluir. Por lo tanto, nada existe para él, solo el cambio y devenir. La tendenciosidad del “cambio”, en el caso de la crisis pandémica, nos llega por voluntad de entes supra que buscan hacerse del control (político y económico) en el contexto planetario. Ya no se trata del normal fluir de toda vida humana y de toda sociedad, sino de una imposición que busca doblegar voluntades y hacer de nosotros piezas de un tablero hegemónico, que no deberíamos estar en la disposición de aceptar.

En el denominado darwinismo social de nuestros días, pareciera que no hubiese espacio para quienes no estén dispuestos a los permanentes cambios (Hardy, 2002, p. 268), pero los mismos, hemos de comprender, jamás deberían ser producto de oscuros planes, que hagan de nosotros seres escindidos, cosificados, vulnerados en nuestros anhelos, cercenados en los caminos que hemos decidido transitar libremente en la conquista de

nuestros más preciados sueños.

Epílogo

-Vamos a ver, Winston, ¿cómo afirma un hombre su poder sobre otro?

-Haciéndole sufrir.

-Exacto. Haciéndole sufrir. No basta con la obediencia. Si no sufre, ¿cómo vas a estar seguro de que obedece tu voluntad y no la suya propia? El poder radica en infligir dolor y humillación. El poder está en la facultad de hacer pedazos las mentes y volverlos a construir dándoles nuevas formas elegidas por ti. ¿Empiezas a ver qué clase de mundo estamos creando? Es lo contrario, exactamente lo contrario de esas estúpidas utopías hedonistas que imaginaron los antiguos reformadores. Un mundo de miedo, de ración y de tormento, un mundo de pisotear y ser pisoteado, un mundo que se hará cada día más despiadado. El progreso de nuestro mundo será la consecución de más dolor. Las antiguas civilizaciones sostenían basarse en el amor o en la justicia. La nuestra se funda en el odio. En nuestro mundo no habrá más emociones que el miedo, la rabia y la auto humillación. Todo lo demás lo destruiremos, todo. (Orwell, 2016, p. 324).

REFERENCIAS

- González, F. (2014). *El gobierno de la ciudad*. Mérida: Vicerrectorado Administrativo de la Universidad de Los Andes.
- Hardy, A. (2002). *La era de las aldeas. La pequeña aldea vs. La aldea global*. Bogotá: Villegas Editores.
- Moliner, M. (2007). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- Morin, E. (2003). *Introducción a una política del hombre*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Morin, E., Ciurana, E. y Motta, R. (2003). *Educación en la era planetaria*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Morin, E. (2009). *Para una política de la civilización*. Barcelona: Paidós.
- Morin, E. (2011a). *¿Hacia dónde va el mundo?* Madrid: Paidós.
- Morin, E. (2011b). *La Vía para el futuro de la humanidad*. Barcelona: Paidós Estado y Sociedad.
- Orwell, G. (2016). *1984*. Caracas: TCL.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la Lengua Española*. Vigésima segunda edición. Madrid: Espasa.
- Sabato, E. (2000). *La resistencia*. Santa Fe de Bogotá: Seix Barral.
- Sartre, J. (1993). *El ser y la nada*. Barcelona: Altaya.
- Savater, F. (1997). *El valor de educar*. Santafé de Bogotá: Ariel.
- Vargas Llosa, M. (2019). *La llamada de la tribu*. Barcelona: Debolsillo.

Dedicatoria del autor

A mi esposa y a mis hijas.

Académico y escritor. Farmacéutico, dos veces magíster y dos veces doctor con postdoctorado. Profesor e Investigador Titular (J) de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis de la Universidad de Los Andes. Ex decano (2002-2005). Ex presidente de la Academia de Mérida (2016-2017 y 2018-2019). Autor de 35 libros en distintos géneros y decenas de artículos en revistas científicas. Biógrafo, crítico literario, ensayista, narrador, poeta, editor, conferencista y columnista del diario *El Universal*. Individuo de Número Sillón 5 de la Academia de Mérida. Miembro Correspondiente Nacional de la Academia Venezolana de la Lengua.

Correo-e: rigilo99@gmail.com

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-0638-4012>